En casa de herrero...

Señales atendidas

JAIRO RESTREPO GALEANO
Universidad Central, Facultad de
Ciencias Sociales, Humanidades y
Arte, Departamento de Humanidades y
Letras, Bogotá, 2012, 157 págs.

LAS INTENCIONES medianamente renovadoras de un libro, en especial cuando quien lo escribe es profesor y parte de un conjunto de dinámicas académicas alrededor de la creación literaria y la creciente moda de los talleres para escritores (moda que, en todo caso, ya mostraba en los años ochenta del siglo XX una generación de autores cercanos al quizá más importante taller literario en la capital del país, el Taller de Escritores de la Universidad Central); tienen para sí la garantía de mostrarse justamente como eso, bajo la forma de experimentos más que como narrativa estructurada desde una apropiación y experiencia literaria cimentada en algo más que la docencia y el laboratorio colectivo. Este libro, *Señales atendidas*, del autor tolimense Jairo Restrepo Galeano (Lérida, 1951), tiene precisamente el defecto de anunciar unas intenciones algo equivocadas, aun incluso desde el prólogo que le acompaña, una luenga presentación hecha por Roberto Burgos Cantor en la que se advierte, sobre todo, un ejercicio de deliberación narrativa, cuando en primera medida –y sin tocar el asunto de su prólogo, esto es, la novela de Restrepo– habla de la reflexión teórica y las “tensiones particulares” que llevan a artistas consumados a dilucidar en sus diarios el problema mismo de la escritura; sin entrar en demasiadas consideraciones, usa al *Gaspar de la noche* de Bertrand para evadir la respuesta a una pregunta sin sentido, basada en su primera afirmación: “Por lo general, las posibilidades de reflexión teórica en una producción artística se dan después de concluida la obra”. Entonces el *Gaspar de la noche* resuelve el entuerto cerebral del prologuista, pues, si se le pregunta a alguien por las teorías literarias que conducen su obra en comento, o acaso sobre la génesis de sus personajes, digamos que habría que preguntarles a sus personajes. Más adelante, Burgos Cantor completa la

pieza improvisada de su prólogo: habla de las conjeturas de orden social relacionadas con el acto creativo en sí (la otra conjetura sería la artística). La tradición que lleva a la novelística latinoamericana a explorar terrenos propios en detrimento de su esencia y su “visión de la tierra”. Sin más remata con esto: “En el caso de *Señales atendidas*, se incorpora una perspectiva contemporánea que permite dar cuenta de la escritura y la ficción mismas en el flujo narrativo”. Para mí, y que se me perdone la desconfianza, este parece ser el prólogo de otro libro, de otro autor, parte quizá de una conferencia, en la medida que tales argumentos no están ni remotamente alineados con el sentido mismo de la novela, por no hablar de ese hilarante ejercicio del autor-dios que luego pregunta como un orate a sus personajes para que le expliquen su libro. La génesis de un libro, el porqué de sus personajes o la estructura misma de la novela, asuntos que convertirían a *Señales atendidas* en “un interesante desafío a las convenciones tradicionales del arte narrativo”. no son en realidad más que realidades a medias en el libro, que, a la sazón, resulta ser un relato de amor con visos poéticos y bastante retórica dulzona, bañada cada tanto por la brisa de Cartagena de Indias. Puntualiza entonces Burgos Cantor:

Si bien es posible realizar una sinopsis del tema o asunto de *Señales atendidas*, ello apenas contribuiría a fortalecer una apariencia. El mayor logro de la novela es convertir en tema su génesis, el acto de escribirla, sin denotar un voluntarismo que frustre la libertad creativa. [...] Con un lenguaje que envuelve al lector, lo lleva y lo detiene para advertirle de su lúdica; con un ritmo sostenido y no exento de cierta poesía, poniendo en duda su propia construcción, la novela desarrolla una historia cuyos ejes son la literatura misma en su búsqueda creativa, la violencia y el amor. [pág. 6]

Señales atendidas es en realidad un relato simple alrededor de Jerónimo y Anastasia. La primera parte del libro, llamada “Antecedentes” parece querer iniciar mostrando al lector el cómo el autor acometerá su empresa literaria, dejando que la escritura y la historia se presenten. Se trata, en efec-

to, del mismísimo Jairo Restrepo Galeano, sentado en el bar Blas el Teso, respingando la nariz con unos güisquis, y observando el mar allegándose sobre la playa. Hace poco terminó un libro de cuentos y ahora está a punto de ser sorprendido por el ejercicio de la escritura. Sentado aún en ese bar, pues no le hemos visto moverse para nada, dice: “El ordenador está encendido”. De repente, se nos aparece en pleno Blas el Teso la figura solemne de un computador (*ordenador* reza el texto, como si el extraño escritor allí sentado fuese andaluz o madrileño). De manera súbita se asoma por la puerta la heroína de la historia, Anastasia. El narrador omnisciente, omnipresente, describe la escena con un lirismo bastante plano y lleno de arabescos un poco gastados, lleno de innecesarias florituras. Por ello, la musicalidad de su ejercicio y el calor del trópico y la brisa y las olas a lo lejos, no nos dan la sensación que se nos quiere transmitir, ser transportados al momento mismo de aquel quiosco en una tarde veraniega, el encuentro y posterior flirteo entre Anastasia y Jerónimo, la vacilación, las preguntas retóricas, el coqueteo solapado y un flujo de pensamientos atravesados entre los juegos anacrónicos en los que el autor pretende ponernos al tanto de toda una historia saltando aquí y allá entre acontecimientos sin importancia. El “desafío a las convenciones” anunciado con tanta publicidad es entonces un devaneo psicológico y un juego desestructurado que trata de romper la linealidad enfrentándonos tan solo a los pensamientos en voz alta de dos enamorados que, de paso, van enfrentándose cada quien a demonios marchitos, a sus fantasmas, van narrando en el recuerdo toda clase de experiencias que buscan su relevancia dentro de la novela. Narra entonces el autor, de vuelta a su voz en primera persona:

Así, en esta progresión de mi escritura, en ese deterioro de la memoria de ellos, todo se les ha ido volviendo certidumbre de que se sueñan para buscarse en sus sueños: el sueño de ella, el sueño de él, acaso el mío, y así hacer de la conveniencia y el recato una transparencia desde la cual mirar la luz en sus ojos. [pág. 18]

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>La novela parece querer adentrarse en el ejercicio onírico de estos dos amantes, tanto como en la pesadilla de la guerra y quizá condimentar su historia de amor con algo de beligerante insurgencia, celadas nocturnas, escapes sigilosos entre las callejas de Cartagena y hasta peroratas de héroe suburbano que defiende sus derechos en medio del asedio militar y el estruendo de bombas, llevando un primer trecho del libro bastante inactivo y empalagoso a otro en el que el personaje de Jerónimo de repente se convierte en el de un mártir que vocifera arengas a punto del éxtasis patriótico, de pronto emerge de su situación de amante a la de prófugo, asunto de la segunda parte de este libro, “Instantes”. Aquí, la “cuota de sangre y sacrificio” de un perseguido que participa de la revuelta le da al autor la posibilidad de jugar al guiño literario e histórico, por demás que anunciaba sus intenciones desde el epígrafe del libro (un trecho de Nabokov que alienta a un héroe metanarrativo, “yo soy Sebastián o Sebastián es yo”) hasta un breve saludo en el cual anunciaba guiños a <i>Noticias del Imperio</i> de Fernando del Paso, que el “lector avezado” habría de dilucidar en su novela, quizá hablando de Maximiliano y su afán donjuanesco, o ese tufillo de poeta con el que <i>Señales atendidas</i> mantiene gran parte de su tratamiento y de su estilo, que quiere ir de la poesía a la cama, especialmente cuando el erotismo hace su entrada en las páginas del libro desde esa confesión a modo de diario que la deseosa Anastasia hace, anhelando el regreso de su bien amado. Un amante que ya anda por las calles de Cartagena pensando cosas como esta:</p> <p>El hombre, como individuo es nada. La humanidad no se concibe desde el individuo separado. La humanidad es el conjunto; el individuo un simple agregado, tal vez la variación del conjunto. Nada más. Por ejemplo, Anastasia, sola, en su particularidad, no es nada, ahora la capto comprometida con un hombre, un ahora. Aun así, no puedo dejar de amarla para esperarla, pues el compromiso se ha dado antes, no después de haber llegado a ella. Ah, la pienso en la fatiga de mi espera, aunque de alguna manera ahora es innecesaria la espera. [pág. 87]</p>	<p>Acaso se esperaría que un libro anunciado como lo está en su prólogo como algo nuevo y osado quiera dibujar un discurso que a la hora de la reflexión sea digno de análisis. Que diga grandes cosas, que salte del aforismo al análisis de la condición humana, el amor y la muerte, la violencia y la memoria. El texto, por el contrario, divaga en esos trasuntos de la memoria apenas para permitirle a su autor el enfrascarse en el hecho de estar él mismo construyendo, o digamos develando, una historia particular, como médium o creador, para permitir que el misterio de la creación literaria cobre vida a través de su ordenador. En cuanto a la reflexión, las sentencias o cuestiones que se tratan en esta novela padecen de un tratamiento muy insulso, aquí ya no es Jerónimo o Anastasia quien habla desde los lugares comunes o la parrafada de la vida sentimental, sino el propio autor, que se esconde en esas voces entrecruzadas cuya retórica mantiene la lectura en un limbo que no quiere dilucidar nada aparte de un par de individualidades sin acento ni fuerza para seguirse preguntando cosas como “¿Qué frase o gesto asumir para abrir brechas hasta la magia de la mujer?, ¿qué esguince de su cuerpo controlar para llegar a la que ahora le parece inalcanzable?” [pág. 65]. La deliberación no es para ese autor ni siquiera posible cada que su primera persona entra, con sus comentarios al DVD, para machucar una vez más con el asunto de la creación, como cuando cierra el capítulo correspondiente a lo que Restrepo Galeano ha querido entender por guiño histórico o ficcional, por recurso para hacer frente a uno de sus principales intereses en el relato, la violencia como contrapeso del dulce y el erotismo:</p> <p>Un final atroz, cierto. Mi tema, en este momento, es la violencia, una violencia que entra en nuestros hogares solapadamente y como hecatombe nos sacude. En esta mierda de mundo no hay nada benevolente. Éste es el punto central, el núcleo de esta tarde, con sus buenas tres horas para escribir y darle sentido, tal vez, a los tres instantes que acabo de culminar. Debo seguir con este fantástico artefacto de crear ficción siguiendo la idea de mundos posibles, tan infinitos en sus topes y sus juegos a partir de esa</p>	<p>primera imagen de la mujer entrando a la taberna y el hombre que llega a cumplir la cita.</p> <p>A propósito, han pedido una botella de vino blanco y picada de langostinos mientras le acercan los platos fuertes. Me gusta cuando ríen mientras las guerras continúan impunes más allá de nuestros ámbitos. [pág. 95]</p> <p>El tercer episodio de <i>Señales atendidas</i> tiene por nombre “Consecuentes”. El autor vuelve a tomar las riendas del relato para seguir en su papel de escriba explicando su lugar en el relato y ufanándose tal vez de ser quien se encargará de llevar la historia a algún lado. “Ha sido bastante cuanto he presentado y ahora necesita salir a flote –sentencia entonces el autor–, hacer uso de eso mismo para comprender cuanto escribo”, vuelve a las palabras gastadas, palabras que “han sido manoseadas” para buscar un sentido, no obstante vuelve a la hilaridad de sus personajes, afónicos ya de preguntarse las mismas manidas cuestiones. De vuelta al cortejo y a la intromisión constante de recuerdos que no desempeñan un papel realmente importante dentro de la acción, la pieza se resuelve con la consumación del acto, aquí desde el recurso, me temo que erótico, en el que Jerónimo trae a cuento versos un tanto fofos y pobres, entre “amapolas o mariposas”, hasta versos que parecen decirle al oído: “Serás mía bajo el follaje. La luna no verterá su luz. Temblarás. Desnuda en mis brazos serán míos tus besos. Vapor yodado mi vientre, carboniento pecado”. A más de entender los guiños a poemas como el “Nocturno II” de Silva o a la “Endriña” del Arcipreste de Hita, el uso y abuso de imágenes descuella aquí en un sentido abrumador, como abrumadora es la alusión continua a una Cartagena de puntos geográficos exactos con la que no obstante no alcanzamos conexión puntual, ni siquiera para bañarnos de su metafísica en el relato. Finalmente, los amantes yacen en un lecho que el autor colma de figuras prestadas y algo anacrónicas, siguen dudando, dubitativos, pensando en voz alta y la paranoia absorbe la escena llenándola de una rara expectativa que, sin embargo, sigue en el aire cuando damos término al libro, siguen allí, dedicándose luengos versos de</p>

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>amor, y parecen mantener un diálogo de tragedia, inexistente eso sí, pues como en buena parte de la novela, allí no está sucediendo nada, ni siquiera la tan esperada reflexión, menos el gran juego experimental de taller de literatura. Una novela fácil de leer pero algo tediosa en sus giros. ¿Y si le preguntamos al Bertrand del <i>Gaspar de la noche</i> –o al propio Restrepo Galeano– por los mecanismos y maneras en los que se dio este ejercicio narrativo? Seguramente respondería con él que se vería forzado “a responder que <i>monsieur Séraphin</i> nunca le explicó el mecanismo de sus sombras chinescas y que Polichinela oculta a la multitud curiosa el hilo conductor de su brazo”. Empero, <i>monsieur</i> Restrepo Galeano quiso dejar sus comentarios en el libro, bien que se trata de un ejercicio experimental, bien que él mismo imparte clases en esta materia. Lastimosamente, como ya es costumbre, es frecuente encontrar en la casa del herrero, quién lo creyera, un ordenador.</p> <p>Carlos Andrés Almeyda Gómez</p>		